

ter debía disimular las imperfecciones de la naturaleza; si son guapas, su desgracia debe estar fundada en causas graves. Es imposible saber cuál de ellas es más digna de desprecio. Si su celibato ha sido razonado, si es un voto de independencia, ni los hombres ni las madres les perdonan el haber desmentido la abnegación de la mujer, evitando las pasiones que hacen á su sexo tan simpático. Renunciar á sus dolores es abdicar de la poesía de su sexo y no merecer ya los dulces consuelos á que una madre tiene siempre indisputables derechos. Por otra parte, los sentimientos generosos, las cualidades sublimes de la mujer, sólo se desarrollan mediante su constante ejercicio, y permaneciendo soltera, una criatura del sexo femenino es un contrasentido, es un ser egoísta y frío que causa horror. Esta sentencia implacable es, desgraciadamente, demasiado justa para que las solteras ignoren sus motivos, y estas ideas germinan en su corazón con tanta naturalidad como los efectos de su triste vida se reproducen en sus facciones. Así, pues, esos seres languidecen y se marchitan, porque la expansión constante ó la dicha que ilumina el rostro de las mujeres y que comunica tanta gracia á sus movimientos, no ha existido nunca en ellas. Además, se tornan desabridas y taciturnas, porque todo ser que no sigue su vocación es desgraciado, sufre, y el sufrimiento engendra la maldad. En efecto, antes de culparse á sí propia de su aislamiento, la solterona culpa durante mucho tiempo al mundo; y de la acusación al deseo de venganza no hay más que un paso. Finalmente, la antipatía que respiran sus personas es aun un resultado necesario de su vida, porque no habiendo sentido nunca la necesidad de agradar, la elegancia y el buen gusto les son ajenos. Ellas sólo se ven á sí mismas en sí, y este sentimiento las lleva insensiblemente á escoger las cosas que les son más cómodas, con detrimento de aquellas que pueden ser agradables al prójimo. Sin darse perfecta cuenta de su semejanza con las demás mujeres, acaban por verlo y lamentarlo. La envidia es un sentimiento indeleble en los corazones femeninos. Las solteras son, pues, envidiosas y no conocen más

que las desgracias de la única pasión que perdonan al bello sexo los hombres, porque les halaga. Torturadas de este modo en todos sus votos y obligadas á negarse á las expansiones de su naturaleza, las solteras tienen siempre un malestar interior al que casi nunca se acostumbran. ¿No es duro á toda edad, sobre todo para una mujer, leer en todas las caras un sentimiento de repulsión, siendo su destino despertar en todos los corazones sensaciones agradables? He aquí por qué la mirada de una solterona es siempre oblicua, más bien que por modestia, por temor y vergüenza. Estos seres no perdonan á la sociedad su triste posición, porque no se la perdonan á sí mismos. Ahora bien, es imposible que una persona que está continuamente en guerra consigo misma ó en contradicción con la vida deje en paz á los otros y no les envidie su dicha. Este mundo de ideas tristes veíase constantemente en los ojos grises y opacos de la señorita Gamard, y las anchas ojeras que le rodeaban denotaban los largos combates de su vida solitaria. Todas las arrugas de su cara eran rectas. La contextura de su frente, de su cabeza y de sus mejillas tenía los caracteres de la rigidez y de la sequedad. Con la mayor indiferencia dejaba brotar los pelos que fueron negros de algunos lunares desparramados por su barba. Sus delgados labios cubrían apenas unos dientes demasiado grandes que no carecían de blancura. Era morena y sus cabellos negros habían encanecido á causa de espantosas jaquecas. Este accidente le obligaba á llevar una media peluca; pero como no sabía ponérsela de modo que disimulase el nacimiento, veíanse frecuentemente ligeros intersticios entre los bordes de su capota y el cordón negro que sostenía aquel imperfecto artificio. Su traje, de tafetán en verano, y de merino en invierno, pero siempre de color carmelita, se ajustaba demasiado á su desgarrado talle y á sus delgados brazos. Encorvada sin cesar, su gorguera dejaba ver un cuello cuya rojiza piel estaba tan artísticamente rayada como puede estarlo una hoja de encina vista á trasluz. Por lo demás, su origen explicaba perfectamente las desgracias de su conformación. Era hija de un comer-

ciante de maderas, especie de aldeano que logró medrar. A los diez y ocho años habría sido, sin duda, fresca y gorda; pero no le quedaba huella alguna de la blancura de su tez ni de los hermosos colores que aseguraba haber tenido. Los tonos de su cutis habían adquirido ese tinte descolorido, bastante común en las devotas. De todas las facciones de su rostro, la nariz era la que contribuía más á expresar el despotismo de sus ideas, así como la forma aplastada de su frente denotaba la mezquindad de su espíritu. Sus movimientos tenían una rapidez extravagante y desprovista de toda gracia, y nada más que viéndola sacarse el pañuelo de la faltriquera para sonarse con ruido hubieseis adivinado su carácter y sus costumbres. De estatura bastante elevada, la Gamard se mantenía siempre tiesa, y justificaba la observación de un naturalista que ha explicado físicamente el modo de andar de todas las solteronas, pretendiendo que tienen soldadas todas sus junturas. Andaba sin que el movimiento se distribuyese por igual por toda su persona y sin producir esas ondulaciones tan graciosas y tan atractivas de las mujeres. Caminaba, por decirlo así, como si fuese de una pieza, y parecía surgir á cada paso como la estatua del comendador. En sus momentos de buen humor daba á entender, como hacen todas las solteronas, que hubiera podido casarse; pero que, afortunadamente, se había apercibido á tiempo de la malafé de su amante, y había preferido quedar soltera, á fin de no ser víctima de ningún hombre.

Esta figura típica del género *solterona* estaba perfectamente de acuerdo con la índole de su casa, cuyo comedor estaba tendido con un papel que representaba paisajes turcos. La señorita Gamard ocupaba habitualmente esta pieza, adornada de dos consolas y un barómetro. En el lugar ocupado por los dos curas se veían sendos cojines cuyos colores estaban ya pasados. El salón donde recibía era también digno de ella. Para formarse idea de él, bastará decir que lo llamaban el *salón amarillo*. Las cortinas y la alfombra eran amarillas, los muebles estaban también tapizados de amarillo, y sobre la chimenea, adornada de

un espejo con marco dorado, unos candelabros y un reloj de cristal despedían desagradables reflejos. Respecto á la habitación particular de la señorita Gamard, nadie tenía permiso para entrar en ella. Se podía únicamente conjeturar que estaba llena de esos trapos, de esos muebles usados y de esos andrajos de que se rodean todos los solterones, y que tanto estiman.

Tal era la persona destinada á ejercer una gran influencia en los últimos días del abate Birotteau.

Ávida de ejercer, siguiendo los impulsos de su naturaleza, la actividad que ésta da á la mujer, esta solterona la empleaba en las intrigas mezquinas, en los chismes y cuentos de la villa y en las combinaciones egoístas que acaban por ocupar exclusivamente á todas las solteronas. Para desgracia suya, Birotteau había inspirado á Sofía Gamard el único sentimiento que pudo experimentar aquella criatura, el del odio, el cual, latente hasta entonces á causa de la calma y de la monotonía de una vida provinciana, debía adquirir tanta más intensidad cuanto que iba á ejercerse en pequeñeces y en una esfera poco elevada. Birotteau era uno de esos hombres que están predestinados á sufrirlo todo, porque, no sabiendo ver nada, no pueden evitar nada: todo les ocurre.

—Sí, hará buen día—respondió al cabo de un rato el canónigo, que pareció salir de su meditación y mostrarse cortés.

Birotteau, asustado del tiempo que había transcurrido entre la pregunta y la respuesta, pues aquella era la primera vez en su vida que había dejado de hablar mientras tomaba café, dejó el comedor con el corazón oprimido por la congoja. Sintiendo que la taza de café le pesaba ya en el estómago, fué á pasearse tristemente por los estrechos caminitos bordeados de mirto que dibujaban una especie de estrella en el jardín. Pero al volverse después de haber dado la primera vuelta, vió en el umbral de la puerta del salón á la señorita Gamard y al abate Troubert plantados silenciosamente: él, con los brazos cruzados é inmóvil como la estatua de una tumba; ella, apoyada en

la puerta persiana. Ambos, mirándole, parecían contar el número de sus pasos. Nada es más molesto para una criatura tímida por naturaleza que verse objeto de un examen curioso; pero si éste es hecho con miradas de odio, la especie de sufrimiento que causa se cambia en intolerable martirio. Acto continuo, Birotteau se imaginó que impedía pasearse á la señorita Gamard y al canónigo, y esta idea, inspirada á la vez por el temor y por la bondad, tomó tales proporciones, que le hizo abandonar el jardín. Estaba tan preocupado con la desesperante tiranía de la solterona, que se alejó sin pensar ya en su canongía. Por casualidad y afortunadamente para él, tuvo mucho que hacer en Saint-Gatien, donde hubo varios entierros, un casamiento y dos bautizos, y pudo así olvidar sus desazones. Cuando su estómago le anunció la hora de comer, sacó su reloj no sin espanto al ver que eran las cuatro y algunos minutos, pues conocía la puntualidad de la señorita Gamard, y se encaminó á toda prisa á su casa.

Al llegar vió en la cocina que habían servido ya el primer plato. Después, cuando entró en el comedor, la solterona le dijo con un tono de voz que denotaba por igual la acritud de un reproche y el goce de coger en falta á su huésped:

—Son las cuatro y media, señor Birotteau, y ya sabe usted que no tenemos que esperarle.

El vicario miró el reloj del comedor, y la manera como estaba colocada la envoltura de gasa destinada á guardarle del polvo le probó que su patrona lo había adelantado. No había allí réplica posible. La expresión verbal de la sospecha concebida por el vicario hubiera causado la más terrible y mejor justificada de las explosiones elocuentes que la señorita Gamard sabría provocar en semejante caso, como todas las mujeres de su clase. Las mil y una contrariedades que una criada puede hacer sufrir á su amo, ó una mujer á su marido en las costumbres privadas de la vida, fueron adivinadas por la señorita Gamard, la cual abrumó con ellas á su huésped. La manera que empleaba en urdir conspiraciones contra la dicha doméstica del pobre sacer-

dote llevaba el sello del genio más profundamente maligno. La Gamard se las arreglaba para no tener nunca culpa.

Ocho días después del momento en que comienza este relato, la habitación de aquella casa y las relaciones que el cura Birotteau tenía con la señorita Gamard le revelaron una trama urdida hacía seis meses. Mientras que la solterona había ejercido sordamente su venganza, y el vicario había podido mantenerse voluntariamente en el error, negándose á creer en intenciones malévolas, el mal moral hizo pocos progresos en el vicario. Pero cuando la cuestión de la palmatoria vuelta á ser subida y del reloj adelantado, Birotteau no pudo ya dudar de que vivía bajo la influencia de un odio cuyos ojos estaban siempre abiertos para él, y entonces llegó muy pronto á la desesperación viendo á todas horas los ganchudos y aflados dedos de la señorita Gamard próximos á hundirse en su corazón. Satisfecha de alimentar un sentimiento tan fértil en emociones como es el de la venganza, la solterona se complacía en cernirse y pesar sobre el vicario, como se cierne y pesa una ave de presa sobre una rata campestre, antes de devorarla. Hacía ya tiempo que había concebido un plan que el sacerdote consternado no podía adivinar, y que ella no tardó en desarrollar, demostrando el genio que saben desplegar, en las pequeñeces, las personas solitarias cuya alma, inhábil para sentir las grandezas de la piedad verdadera, se sume en las minucias de la devoción. Última, pero espantosa agravación de pena. La naturaleza de sus penas prohibía á Birotteau, hombre expansivo y amante de ser compadecido y consolado, la pequeña satisfacción de contárselas á sus amigos. El poco tacto, que debía á su apocamiento, le hacía temer aparecer ridículo ocupándose de semejantes tonterías. Y, sin embargo, aquellas tonterías componían toda su existencia, su cara existencia, llena de ocupaciones en el vacío y de vacío en las ocupaciones; vida fría y sombría en medio de la cual los sentimientos demasiado fuertes eran desgracias, y la ausencia de toda emoción era una felicidad. El paraíso del pobre sacerdote

se cambió, pues, de pronto en infierno, y últimamente sus sufrimientos llegaron á ser intolerables. El terror que le causaba la perspectiva de una explicación con la señorita Gamard creció de día en día, y la secreta desgracia que nublabá las horas de su vejez alteró su salud. Una mañana, al ponerse sus medias azules, reconoció una pérdida de ocho líneas en la circunferencia de su pantorrilla. Estupefacto ante aquel diagnóstico tan cruelmente irrecusable, Birotteau resolvió tentar fortuna con el abate Troubert, para que éste interviniese oficiosamente entre él y la señorita Gamard.

Al encontrarse en presencia del imponente canónigo, que, para recibirle en una habitación desnuda, abandonó inmediatamente un despacho lleno de papeles donde trabajaba sin cesar y donde no penetraba nadie, el vicario sintió casi vergüenza de hablar de las triquiñuelas de la señorita Gamard á un hombre que le parecía tan seriamente ocupado. Pero después de haber sufrido todas las angustias propias de esas deliberaciones internas que las gentes humildes, indecisas ó débiles, sienten aun en las cosas más insignificantes, se decidió, no sin sentir grandes latidos de corazón, á explicar su situación al abate Troubert. El canónigo le escuchó con aire grave y frío, procurando en vano suprimir ciertas sonrisas que á otros ojos más inteligentes le hubiesen revelado indudablemente la emoción de una alegría íntima. Cuando Birotteau le pintó con la elocuencia que dan los sentimientos verdaderos las constantes amarguras que soportaba, los ojos del canónigo brillaron vivamente; pero Troubert púsose inmediatamente la mano sobre la frente de la manera que suelen hacerlo los pensadores, y guardó la actitud digna que le era habitual. Cuando el vicario cesó de hablar, se hubiera visto muy apurado si hubiese querido buscar en la cara de Troubert, jaspeada á la sazón por tonos más amarillos aún de lo que acostumbra á estarlo su tez biliosa, las huellas de los sentimientos que debió haber despertado en aquel sacerdote misterioso. Después de haber permanecido silencioso un momento, el canónigo dió una de esas

respuestas cuyas palabras todas debían haber sido estudiadas durante mucho tiempo para medir exactamente su importancia, pero que, más tarde, probaban á las gentes reflexivas la asombrosa profundidad de su alma y la potencia de su tacto. Por último, abrumó á Birotteau diciéndole que: «aquellas cosas le asombraban tanto más, cuanto que él no se hubiera apercibido nunca de ellas sin la confesión de su hermano, y que atribuía aquella su falta de inteligencia á sus serias ocupaciones, á sus trabajos y á la constancia de ciertos pensamientos elevados que no le permitían fijarse en los detalles de la vida». Le hizo observar, además, fingiendo que no trataba de censurar la conducta de un hombre cuya edad y conocimientos merecían su respeto, «que antaño los solitarios, en el interior de las tebaidas, donde se entregaban á santas ocupaciones, apenas pensaban en su alimento y en su abrigo», y que, «en la actualidad, el sacerdote podía crearse con el pensamiento una tebaida en todas partes». Después, volviendo á Birotteau, añadió que «aquellas discusiones eran completamente nuevas para él; que en el espacio de doce años nada análogo había ocurrido entre la señorita Gamard y el venerable abate Chapeloud; que, por su parte, añadió, no tenía inconveniente en ser árbitro entre el vicario y su patrona, toda vez que su amistad con ella no traspasaba los límites impuestos por las leyes de la Iglesia á sus fieles servidores; pero que la justicia exigía que oyese también á la señorita Gamard. Que él no encontraba nada nuevo en ella, que siempre la había visto de aquel modo, que se había sometido gustoso á alguno de sus caprichos, sabiendo que aquella respetable señorita era la bondad y la dulzura personificadas, que era preciso atribuir los ligeros cambios de su carácter á los sufrimientos causados por un catarro pulmonar, del que no hablaba nunca y al que se resignaba como verdadera cristiana». Últimamente, acabó diciendo al vicario que «cuantos mas años permanecía á su lado, mejor apreciaba y reconocía los tesoros de su excelente carácter».

El abate Birotteau salió de allí confundido. En la fatal

necesidad en que se encontraba de no poder confiarse á nadie, el buen hombre juzgó por sí á la señorita Gamard, y creyó que alejándose por unos cuantos días podría extinguir el odio que le manifestaba la solterona. En su consecuencia, resolvió ir á pasar algunos días á una casa de campo adonde la señora de Listomere acostumbraba á ir á fines del otoño, época en que el cielo está ordinariamente despejado y puro en Turena. ¡Pobre hombre! De aquel modo satisfacía precisamente los secretos votos de su terrible enemiga, cuyos proyectos sólo podían ser destruidos con una paciencia de monje; pero, no adivinando nada, no sabiendo resolver sus propios asuntos, tenía que sucumbir como un cordero al primer golpe de leño.

Situada en la calzada que existe entre la villa de Tours y las alturas de San Jorge, expuesta al Mediodía y rodeada de rocas, la propiedad de la señora de Listomere proporcionaba las distracciones del campo y todos los placeres de la villa. En efecto, no se necesitaban más de diez minutos para ir desde el puente de Tours á la puerta de aquella casa, denominada la *Golondrina*, preciosa ventaja en un país donde nadie quiere molestarse por nada, ni siquiera para buscar un placer. El cura Birotteau estaba en la *Golondrina* hacia algunos días, cuando una mañana, á la hora de almorzar, se presentó el conserje á decirle que el señor Carón deseaba hablarle. Este señor era el abogado de la señorita Gamard. Birotteau, que no se acordaba ya de su patrona y que no sabía que tuviese que litigar nada con nadie, dejó la mesa con una especie de ansiedad para ir á ver al abogado, al cual encontró modestamente sentado en la balaustrada de una terraza.

—Habiéndose hecho evidente su intención de no vivir ya más en casa de la señorita Gamard...—dijo el hombre de negocios.

—¡Ehl caballero, yo no he pensado nunca en dejarla.

—Sin embargo, señor mío—repuso el abogado,—alguna explicación habrá usted tenido respecto á este punto con la señorita, cuando ésta me envía á fin de saber si piensa usted permanecer mucho tiempo en el campo. No

estando previsto en el contrato el caso de una larga ausencia, ésta puede dar lugar á un litigio, y la señorita Gamard, entendiendo que su hospedaje...

—Señor mío—dijo Birotteau sorprendido é interrumpiendo de nuevo al abogado,—yo no creía que fuese necesario emplear vías casi judiciales para...

—La señorita Gamard, que quiere prevenir toda dificultad, me ha enviado para que me entienda directamente con usted.

—Bueno, pues entonces, si quiere usted tener la amabilidad de volver mañana—repuso el cura Birotteau,—ya habré consultado por mi parte y podremos hablar.

—Está bien—dijo Carón saludando.

Y se marchó. El pobre vicario, asustado de la persistencia con que la señorita Gamard le perseguía, entró en el comedor de la señora de Listomere con espantada cara. Al verle, todo el mundo le preguntó:

—¿Qué le pasa á usted, señor Birotteau?

El cura, desolado, estaba tan preocupado con las vagas imágenes de su desgracia, que se sentó sin responder; pero después de almorzar, cuando algunos de sus amigos estuvieron en el salón ante un buen fuego, Birotteau les contó sencillamente los detalles de su aventura. Sus auditores, que empezaban á aburrirse de estar en el campo, se interesaron vivamente en aquella intriga tan en armonía con la vida provinciana, y todos se pusieron de parte del cura y en contra de la solterona.

—¡Cómo!—le dijo la señora de Listomere.—¿No ve usted claramente que el abate Troubert quiere su habitación?

Aquí, el historiador tendría derecho á hacer el retrato de esta dama; pero ha pensado que aquellos que conocen el sistema de *cognomología* de Sterne, no podrían pronunciar estas tres palabras: SEÑORA DE LISTOMERE, sin imaginársela noble, digna, atemperando los rigores de la piedad con la antigua elegancia de las costumbres monárquicas y clásicas, de modales distinguidos, buena, pero un poco arrugada, un tanto gangosa, permitiéndose la lec-

tura de la *Nueva Eloísa*, la comedia, y peinándose aún cabellos.

—¡Cómo! ¿ha de ceder el abate Birotteau ante esa vieja cargante?—exclamó el señor de Listomere, teniente de navío que estaba con licencia en casa de su tía.—Si el vicario quiere seguir mis consejos, pronto habrá conquistado su tranquilidad.

En fin, cada uno se puso á analizar las acciones de la señorita Gamard con la perspicacia propia de los provincianos, á los que es imposible negar el talento de saber descubrir los motivos más secretos de las acciones humanas.

—No han caído ustedes en el *quid*—dijo un anciano propietario que conocía el país.—Hay en eso algo grave que yo no he adivinado aún. El abate Troubert es demasiado profundo para ser adivinado tan pronto. Nuestro querido amigo Birotteau sólo está empezando su calvario. ¿Creen ustedes que le dejarían en paz cediendo su habitación á Troubert? Mucho me temo que no. Si Carón ha venido á decirle á usted—añadió encarándose con el sacerdote—que tenía usted intención de dejar á la señorita Gamard, es porque ésta intenta echarle á usted de su casa... y me parece que tendrá usted que marcharse de grado ó por fuerza. Esas gentes no aventuran nunca nada, y sólo van á tiro seguro.

Este noble anciano, llamado el señor Bourbonne, resumía todas las ideas de la provincia tan completamente como resumió Voltaire el espíritu de su época. Este anciano, seco y delgado, profesaba en indumentaria toda la indiferencia de un propietario cuyos bienes territoriales están acotados en el departamento. Su cara, curtida por el sol de Turena, respiraba más bien astucia que talento. Acostumbrado á pesar sus palabras y á combinar sus acciones, ocultaba su profunda circunspección bajo una sencillez engañosa. Así es que la más ligera observación bastaba para ver que, semejante á un aldeano normando, llevaba siempre ventaja en todos sus negocios. Era hombre muy fuerte en analogía, ciencia favorita de los ture-

neses, y había sabido extender las praderas de una de sus propiedades á costa de los aluviones del Loire evitando todo pleito con el Estado; haciéndole pasar esta jugada por hombre de talento. Si encantado con la conversación del señor de Bourbonne, le hubieseis preguntado su historia á algún turenés: «¡Oh! *jes un hombre muy largo!* os contestarían los que le envidiaban, que eran muchos, pues en Turena, la envidia forma, como en la mayor parte de las provincias, *el fondo de la lengua.*»

La observación del señor de Bourbonne ocasionó momentáneamente un silencio durante el cual las personas que componían aquella reunión parecieron reflexionar. Cuando estaban en esto, fué anunciada la señorita Salomé de Villenoix. Animada por el deseo de ser útil á Birotteau, llegaba de Tours, y las noticias que llevaba cambiaron por completo la faz de este asunto. En el momento de su llegada, todo el mundo, excepto el propietario, aconsejaba á Birotteau que pelease contra Troubert y la Gamard, bajo los auspicios de la sociedad aristocrática que debía protegerle.

—El vicario general, que estaba encargado del negociado del personal, acaba de caer enfermo, y el arzobispo ha nombrado para sustituirle al señor Troubert—dijo la señorita Salomé.—De suerte que ahora el nombramiento para la canongía depende enteramente de él. Ayer, en casa de la señorita de la Blottiere, el abate Poirel habló de las molestias que el señor Birotteau causaba á la señorita Gamard en el sentido de justificar la desgracia que ha de herir á nuestro buen vicario. «El señor Birotteau es un hombre al que el canónigo Chapeloud era muy necesario—decía él,—y desde la muerte de este virtuoso sacerdote, está probado que...» Las hipótesis y las calumnias se sucedieron. ¿Comprenden ustedes?

—Troubert será vicario general—dijo solemnemente el señor de Bourbonne.

—¡Vamos á ver!—exclamó la señora de Listomere mirando á Birotteau—¿qué prefiere usted, ser canónigo ó seguir en casa de la señorita Gamard?

—¡Ser canónigo!—exclamaron todos.

—Pues bien—repuso la señora de Listomere,—hay que dejar que salgan con la suya el cura Troubert y la señorita Gamard. ¿No le dan á usted á entender indirectamente con la visita de Carón que si consiente en dejar la casa será usted canónigo? Pues toma y daca.

Todo el mundo celebró la astucia y la sagacidad de la señora de Listomere, excepto su sobrino el barón, el cual dijo con tono cómico al señor de Bourbonne:

—Me hubiera gustado ver el combate entre la Gamard y Birotteau.

Pero desgraciadamente para el vicario, las fuerzas no eran iguales entre las gentes de su bando y la solterona sostenida por el abate Troubert. Pronto llegó un momento en que la lucha debía dibujarse más francamente, agrandarse y tomar enormes proporciones. Por consejo de la señora de Listomere y de la mayor parte de sus contertulios, que empezaban á interesarse por aquella intriga nacida de pronto en medio de la tranquilidad de la vida de provincias, se mandó un criado á casa del señor Carón. Este hombre de negocios volvió con notable celeridad, que sólo asustó al señor de Bourbonne.

—Aplacemos toda decisión hasta más adelante—dijo este Fabio con bata de casa, al que profundas reflexiones revelaban las elevadas combinaciones del tablero turenés.

El propietario quiso comunicar á Birotteau los peligros de su posición; pero la prudencia del *viejo zorro* no acariaba las pasiones momentáneas, y apenas fué escuchado. La conferencia entre el abogado y Birotteau duró muy poco. El vicario entró muy asustado, diciendo:

—Me pide un escrito en que yo haga constar mi retractación.

—¡Cómo!—dijo el teniente de navío.

—¿Qué significa eso?—exclamó la señora de Listomere.

—Eso significa sencillamente que el cura debe declarar que desea abandonar la casa de la señorita Gamard—respondió el señor Bourbonne tomando un polvo de tabaco.

—¿No es más que eso? pues firme usted—dijo la señora

Listomere mirando á Birotteau.—Si está usted decidido seriamente á salir de su casa no hay ningún inconveniente en que haga usted constar su voluntad...

*¡La voluntad de Birotteau!*

—La cosa es justa—dijo el señor de Bourbonne cerrando la tabaquera con un gesto seco, cuya significación es imposible expresar porque encerraba todo un discurso.—Pero siempre es peligroso escribir—añadió colocando la tabaquera en la chimenea con aire que debía asustar al vicario.

Birotteau se encontraba tan atontado con el trastorno de todas sus ideas, con la rapidez de los acontecimientos que lo cogían sin defensa y con la sencillez con que sus amigos trataban los asuntos más importantes de su vida solitaria, que permanecía inmóvil y como alejado de este mundo, sin pensar en nada, pero escuchando y procurando comprender el sentido de las rápidas palabras que todo el mundo prodigaba. El buen cura tomó el escrito del señor de Carón y lo leyó como si el documento del abogado fuese á ser objeto de su atención; pero aquel movimiento fué maquinal, y acabó por firmarlo, reconociendo que renunciaba voluntariamente á vivir en casa de la señorita Gamard y que se ajustaba en todo al contrato hecho entre ellos. Cuando el vicario acabó de firmar, el señor Carón tomó el acta y le preguntó á qué sitio debían llevarse las cosas que le pertenecían. Birotteau indicó la casa de la señora de Listomere. Mediante una seña, esta dama consintió en recibir al cura por algunos días, no dudando que en breve sería nombrado canónigo. El anciano propietario quiso ver aquella acta de renuncia, y el señor Carón se la entregó.

—¡Cómo! ¿existe entre usted y la señorita Gamard un contrato secreto? ¿dónde está? ¿qué estipulan ustedes en él?—preguntó Bourbonne al vicario después de haber leído el documento.

—El acta la tengo en casa—respondió Birotteau.

—¿Conoce usted su contenido?—preguntó el propietario al abogado.

—No, señor—dijo de nuevo Carón extendiendo la mano para tomar de nuevo el fatal papel.

—¡Ah!—se dijo para sus adentros el anciano propietario,—tú, señor abogado, conoces indudablemente el contenido de esa acta; pero no quieres decírmelo.

Y el señor Bourbonne entregó la renuncia al abogado.

—¿Dónde voy á poner todos mis muebles?—exclamó Birotteau.—¿Y mis libros, mi hermosa biblioteca, mis magníficos cuadros, mi salón rojo, en una palabra, todo mi mobiliario?

Y la desesperación del pobre hombre, que se encontraba, por decirlo así, trasplantado, tenía un no sé qué de sencillo y demostraba tan claramente la pureza de sus costumbres y su ignorancia de las cosas del mundo, que la señora de Listomere y la señorita Salomé le dijeron para consolarle, empleando el tono que usan las madres cuando prometen un juguete á sus hijos:

—¿Va usted á apurarse por esas tonterías? Ya le encontraremos una casa menos fría y menos oscura que la de la señorita Gamard. Y si no encontramos habitación que le agrade, una ú otra le tomaría á usted por inquilino. Vamos, juguemos un chaquete. Mañana irá usted á ver al señor abate Troubert para pedirle su apoyo, y ya verá usted qué bien le recibe.

Las gentes débiles se asustan y se tranquilizan con la misma facilidad. El pobre Birotteau, deslumbrado por la perspectiva de vivir en casa de la señora de Listomere, olvidó la consumada ruina de la dicha que había deseado tanto tiempo, y de la que tan deliciosamente había gozado; pero por la noche, antes de dormirse, transido por el dolor propio de un hombre para quien las molestias de un traslado y de nuevas costumbres eran el fin del mundo, se devanó los sesos buscando un sitio tan á propósito para su biblioteca como lo era la galería. Viendo sus libros errantes, sus muebles trasladados y su hogar en desorden, se preguntaba mil veces por qué había sido tan grato el primer año pasado en casa de la señorita Gamard y tan cruel el segundo, y su aventura acababa por resultarle un

pozo sin fondo donde su razón se perdía. La canongía no le parecía una compensación suficiente para tantas desgracias, y comparaba su vida á una media que, rota por un sitio, acaba de desgarrarse por completo. Le quedaba la señorita Salomé; pero al perder sus antiguas ilusiones, el pobre sacerdote no se atrevía á creer ya en una amistad reciente.

En la *citta dolente* de las solteronas existen muchas, sobre todo en Francia, cuya vida es un sacrificio hecho noblemente y á diario por elevados sentimientos. Las unas permanecen fieles á un corazón que la muerte les ha arrebatado: mártires del amor, éstas encuentran el secreto de ser mujeres para el alma. Otras obedecen á un orgullo de familia, que, para vergüenza nuestra, va decayendo de día en día, y se sacrifican por la fortuna de un hermano ó por unos sobrinos huérfanos: éstas se hacen madres permaneciendo vírgenes. Estas solteronas alcanzan el más alto grado de egoísmo en su sexo, consagrando todos los sentimientos femeninos al culto de la desgracia. Idealizan la figura de la mujer renunciando á las recompensas de su destino y no aceptando más que las penas: viven rodeadas del resplandor de su sacrificio, y los hombres inclinan respetuosamente la cabeza ante sus marchitas facciones. La señorita de Sombreuil no fué casada ni soltera; fué y será siempre una poesía animada. La señorita Salomé pertenecía á esta clase de criaturas heroicas. Su abnegación era religiosamente sublime porque carecía de gloria, después de haber sido su sufrimiento diario. Hermosa y joven, fué amada y amó, y su futuro perdió la razón. Durante cinco años consagróse con el valor del amor á la dicha mecánica de aquel desgraciado, á cuya locura llegó á adaptarse tan bien que acabó por no creerle loco. Esta joven era, por lo demás, persona de modales sencillos, franca y dotada de un rostro que, á pesar de su palidez y de la regularidad de sus facciones, no carecía de expresión. No hablaba nunca de los acontecimientos de su vida, y únicamente los estremecimientos repentinos que se le escapaban al oír el relato de una aventura espantosa ó triste revela-



ban las hermosas cualidades que los grandes dolores habían desarrollado en ella. Después de haber perdido al compañero de su vida, había ido á vivir á Tours, donde no podía ser apreciada en su justo valor, y pasaba por una *buen persona*. Hacía mucho bien é intimaba por gusto con los seres débiles, siendo esta la causa de que el pobre vicario le hubiese inspirado un profundo interés.

La señorita de Villenoix, que iba á la villa muy de mañana, se llevó consigo á Birotteau, le acompañó hasta la catedral, y lo dejó encaminándose hacia el claustro, adonde el buen cura tenía gran deseo de llegar para salvar al menos del naufragio la canongía y para vigilar el traslado de su mobiliario. No sin sentir violentas palpitaciones de corazón llamó á la puerta de aquella casa, adonde acostumbra á ir hacia catorce meses y de donde estaba desterrado para siempre, después de haber pensado morir allí en paz, á imitación de su amigo Chapeloud. Mariana quedó sorprendida al ver al vicario. Éste le dijo que iba á hablar con el abate Troubert, y se dirigió al piso bajo, donde vivía el canónigo; pero Mariana le gritó:

—Señor vicario, el señor Troubert no está ahí ya. Ocupa la antigua habitación de usted.

Estas palabras causaron una espantosa sorpresa al vicario, que comprendió al fin el carácter de Troubert y la profundidad de una venganza tan lentamente calculada al encontrarlo establecido en la biblioteca de Chapeloud sentado en el hermoso sofá gótico de Chapeloud, acostándose, sin duda, en la cama de Chapeloud, gozando de los muebles de Chapeloud, anulando el testamento de Chapeloud, y desheredando, en fin, al amigo de aquel Chapeloud, que tanto tiempo le había tenido reducido á la casa de la señorita Gamard, prohibiéndole todo ascenso y cerrándole los salones de Tours. ¿Por qué golpe de varita mágica se había operado aquella metamorfosis? ¿No pertenecía todo aquello á Birotteau? Verdaderamente, al ver el aire sardónico con que Troubert contemplaba aquella biblioteca, el pobre Birotteau juzgó que el futuro vicario general estaba seguro de poseer siempre los despojos de aquellos á quie-

nes tan cruelmente había odiado: á Chapeloud como enemigo, y á Birotteau porque había sucedido á Chapeloud. Al ver aquello, mil ideas acudieron á la mente y al corazón del buen hombre, sumiéndole en una especie de sueño, y permaneció inmóvil y como fascinado por los ojos de Troubert, que le miraban fijamente.

—Señor, supongo que no intentará usted privarme de las cosas que me pertenecen—dijo al fin Birotteau.—Si la señorita Gamard estaba impaciente por darle á usted mejor alojamiento, debió al menos esperar á que yo tuviese tiempo de reconocer mis libros y llevarme los muebles.

—Señor—dijo fríamente el abate Troubert sin que su rostro diese pruebas de ninguna clase de emoción,—la señorita Gamard me comunicó ayer su partida, cuya causa ignoro aún, y si me instaló aquí fué por necesidad, toda vez que el señor Poirel ha tomado mi habitación. Ignoro si las cosas que están en esta habitación pertenecen ó no á la señorita; pero si son de usted, ya conoce su buena fe, y la santidad de su vida es una garantía de su probidad. Respecto á mí, ya conoce usted la sencillez de mis costumbres. He vivido por espacio de quince años en una habitación desnuda, sin hacer caso de la humedad, que acabó por matarme. Sin embargo, si quisiese usted habitar de nuevo esta habitación, yo se la cedería con mucho gusto.

Al oír estas terribles palabras, Birotteau olvidó el asunto de la canongía y bajó con la rapidez de un joven á buscar á la señorita Gamard, y como la hubiese encontrado en el descansillo del piso bajo, le dijo, saludándola sin hacer caso de la sonrisa agriamente burlona que contraía sus labios, ni del extraordinario brillo que comunicaba á sus ojos la ferocidad de los del tigre:

—Señorita, no me explico cómo no esperó usted á que yo me llevase mis muebles para...

—¿Qué?—le dijo la solterona interrumpiéndole.—¿Acaso no le envié ya todo lo suyo á casa de la señora de Listomere?

—Pero ¿y mi mobiliario?

—¿Acaso ignora usted las condiciones del contrato?— dijo la solterona con un tono que sería preciso escribir con música para comprender los múltiples matices que el odio supo comunicar al acento de cada palabra.

Y la señorita Gamard pareció crecer, y sus ojos brillaron de nuevo, y su rostro respiró alegría, y toda su persona se estremeció de placer. El abate Troubert abrió una ventana para ver más claramente un libro, y Birotteau quedó como herido por un rayo. La señorita Gamard le molía los oídos con una voz tan clara como el sonido de una trompeta, con las siguientes frases:

—¿No quedó convenido, en el caso de que usted saliese de mi casa, que su mobiliario pasaría á mi poder para indemnizarme de la diferencia que existía entre su cuota de hospedaje y la que me pagaba el respetable señor Chapeloud? Ahora bien, como el señor Poirel ha sido nombrado canónigo...

Al oír estas palabras, Birotteau se inclinó débilmente como para despedirse de la solterona, y después salió disparado, pues permaneciendo allí más tiempo temía caer desfallecido y proporcionar así un triunfo mayor á sus implacables enemigos. Marchando cual un hombre ebrio, el buen cura llegó á casa de la señora de Listomere, y en una sala baja encontró su ropa interior, sus hábitos y sus papeles metidos en una maleta. Al ver los despojos de su mobiliario, el desgraciado sacerdote se sentó y ocultó su rostro entre las manos para tapar al mundo su llanto. ¡El abate Poirel era canónigo! ¡El, Birotteau, se veía sin asilo, sin fortuna y sin mobiliario! Afortunadamente, la señorita Salomé acertó á pasar en coche, y el conserje de la casa, que comprendió la desesperación del pobre hombre, hizo una seña al cochero, y después de algunas palabras cambiadas entre la solterona y aquél, el vicario se dejó conducir medio muerto al lado de su pobre amiga, á la que sólo pudo decir palabras sin ilación. La señorita Salomé, asustada del trastorno momentáneo de una cabeza tan débil ya de por sí, le llevó en el acto á la *Golondrina*,

atribuyendo aquel principio de enajenación mental al efecto que debió producirle el nombramiento del abate Poirel. Ella ignoraba el contrato del sacerdote con la señorita Gamard, por la sencilla razón de que él lo ignoraba también, y como en la naturaleza lo cómico se encuentra mezclado con las cosas más patéticas, las extrañas respuestas de Birotteau hicieron casi sonreír á la señorita Salomé.

—¡Chapeloud tenía razón!—decía el vicario.—¡Es un monstruo!

—¿Quién?—le preguntaba ella.

—Chapeloud. ¡Me lo ha robado todo!

—¿Quién, Poirel?

—No, Troubert.

Por fin llegaron á la *Golondrina*, donde los amigos del sacerdote le prodigaron tan minuciosos cuidados, que por la noche estaba ya calmado y pudieron obtener de él el relato de lo que había pasado por la mañana.

Como es natural, el flemático propietario pidió ver el acta, que desde la vispera le pareció que debía contener la solución del enigma. Birotteau sacó el fatal papel timbrado de su bolsillo y se lo tendió al señor Bourbonne, que lo leyó rápidamente, y no tardó en llegar á una cláusula concebida en estos términos:

«Como existe una diferencia de ochocientos francos anuales entre la pensión que pagaba el señor Chapeloud y aquella por la que la dicha Sofía Gamard consiente en tomar en su casa mediante las condiciones anteriormente estipuladas al dicho señor Birotteau; teniendo en cuenta que el infrascripto Francisco Birotteau reconoce no estar en situación de pagar durante varios años el precio pagado por los huéspedes de la señorita Gamard, y especialmente por el abate Troubert, y, finalmente, considerando los diversos anticipos hechos por la dicha Sofía Gamard infrascripta, el dicho Birotteau se compromete á dejarle á título de indemnización el mobiliario que posea á su fallecimiento ó cuando por cualquier causa llegase á dejar voluntariamente y en cualquier época del año las habitaciones que le son alquiladas

»por la presente, y no se aprovechase de las ventajas estipuladas en el contrato que la señorita Gamard...» etc.

—¡Pardiez! ¡esta sí que es buena!—exclamó el propietario.—Vaya unas uñas que posee la dicha Sofia Gamard.

El pobre Birotteau, no concibiendo con su cabeza de niño que pudiera haber causa para separarse nunca de la señorita Gamard, pensaba morir en su casa, y no recordaba esta cláusula cuyos términos le parecieron tan justos, llevado de su deseo de ser huésped de la solterona, que ni siquiera fueron discutidos, pues el pobre hombre, por lograr su objeto, hubiera firmado cuantos documentos le hubieran presentado. Era tan respetable aquella inocencia y tan atroz la conducta de la señorita Gamard; había algo tan deplorable en la suerte de aquel pobre sexagenario y le hacía tan digno de lástima su debilidad, que en el primer momento de indignación la señora de Listomere exclamó:

—Yo soy causa de que haya usted firmado el acta que le ha arruinado, y debo devolverle la dicha de que le priva.

—Esta acta constituye un dolo, y podría entablarse un pleito—dijo el noble anciano.

—Pues bien, Birotteau pleiteará, y si pierde en Tours, ganará en Orleans, y si pierde en Orleans, ganará en París—exclamó el señor de Listomere.

—Sí, pero si quiere pleitear—repuso friamente el señor Bourbonne,—yo le aconsejo que dimita la vicaría.

—Consultaremos á unos cuantos abogados, y si se puede pleitear, lo haremos—repuso la señora de Listomere.—Este asunto es demasiado vergonzoso para la señorita Gamard y puede llegar á ser muy perjudicial para el señor Troubert para que no obtengamos alguna transacción.

Después de madura deliberación, todo el mundo prometió su apoyo al abate Birotteau en la lucha que iba á empeñarse entre él y los partidarios de sus antagonistas. Un seguro presentimiento, un indefinible instinto provinciano impelía á todos á unir los dos nombres de Gamard y Troubert; pero ninguno de los que se encontraban á la

sazón en casa de la señora de Listomere tenía una idea exacta de la importancia de semejante combate, á no ser el astuto propietario. El señor Bourbonne llevó al pobre cura á un sitio apartado y le dijo en voz baja:

—De las catorce personas que hay aquí, no habrá ninguna que le preste á usted su apoyo dentro de quince días. Si necesita usted el auxilio de alguno, es muy probable que encuentre usted en mí al único que sea bastante osado para atreverse á tomar su defensa, porque conozco la provincia, los hombres, las cosas y, sobre todo, los intereses. Pero todos sus amigos, aunque llenos de buenas intenciones, le ponen en un mal camino del que no sabrá usted salir. Escuche usted mi consejo. Si quiere vivir en paz, deje la vicaría de Saint-Gatien y váyase á Tours. No diga usted dónde va, y busque algún curato distante donde Troubert no pueda alcanzarle.

—¡Abandonar Tours!—exclamó el vicario con indefinible espanto.

Aquello equivalía para él á una especie de muerte. ¿No era arrancar todas las raíces con que él estaba plantado en el mundo? Los solterones reemplazan los sentimientos por las costumbres. Cuando este sistema moral, que les hace atravesar la vida, más bien que vivir, se une á un carácter débil, las cosas exteriores tienen para ellos asombrosa importancia; así es que Birotteau era una especie de vegetal, y trasplantarle equivalía á arriesgar su vida. Así como el árbol necesita para vivir encontrar los mismos jugos á todas horas y tener siempre sus raíces en el mismo terreno, del mismo modo Birotteau debía trotar siempre por Saint-Gatien, corretear siempre por los lugares por donde se paseaba habitualmente, recorrer sin cesar sus calles predilectas y continuar frecuentando los tres salones donde jugaba por las noches al *whist* ó al chaquete.

—¡Ah! tiene usted razón—respondió el señor Bourbonne mirando al sacerdote con una especie de piedad.

Todo el mundo supo en seguida en la villa de Tours que la señora de Listomere, viuda de un teniente general, recogía al abate Birotteau, vicario de Saint-Gatien. Este he-

cho, que muchas gentes pusieron en duda, cortó de raíz todas las cuestiones y dividió los dos bandos, sobre todo cuando la señorita Salomé se atrevió á hablar de dolo y de proceso. Con la sutil vanidad que distingue á las solteras y el fanatismo de personalidad que las caracteriza, la señorita Gamard se sintió muy ofendida con la resolución de la señora Listomere. La baronesa era una mujer distinguida, elegante y cuyo buen gusto, piedad y exquisita educación no podían ser discutidos, y, recogiendo á Biroteau, daba el más formal mentís á todos los asertos de la señorita Gamard, censuraba indirectamente su conducta y parecía sancionar las quejas del vicario contra su antigua patrona.

Para la inteligencia de esta historia, es necesario explicar aquí toda la fuerza que daban á la señorita Gamard el discernimiento y el espíritu de análisis con que las solteras se dan cuenta de las acciones ajenas, y cuáles eran los recursos de su partido. Acompañada del silencio abate Troubert, la Gamard iba á pasar las noches á cuatro ó cinco casas donde se reunían una docena de personas, unidas todas entre sí por los mismos gustos y por la analogía de su situación. Uno ó dos ancianos que daban oídos á los chismes y cuentos de sus criadas, cinco ó seis solteras que pasaban el día en pesar las palabras y en espiar los pasos de sus vecinos y de las gentes inferiores á ellas, y, además, varias ancianas ocupadas exclusivamente en murmurar, en llevar el registro exacto de todas las fortunas, juzgar las acciones ajenas, y que pronosticaban los casamientos y que vituperaban la conducta de sus amigas con tanta acritud como la de sus enemigas. Estas personas, alojadas todas en la villa de una manera que simulaba perfectamente los vasos capilares de una planta, aspiraban, con la sed de rocío que siente una hoja, las noticias y los secretos de cada hogar, y los adornaban y transmitían maquinalmente al abate Troubert, como comunican las hojas al tallo la frescura que han absorbido. De suerte que durante cada una de las veladas de la semana, movidas por esa necesidad de emoción que existe en todos los in-

dividuos, aquellas buenas devotas hacían un balance exacto de la situación de la villa con una sagacidad digna del consejo de los Diez. Cuando habían adivinado la razón secreta de un acontecimiento, su amor propio las inducía á apropiarse la discreción de su sanedrín, y pasar así plaza de avispadas en sus zonas respectivas. Esta congregación ociosa y activa, invisible y que lo veía todo, muda y que charlaba sin cesar, poseía á la sazón una influencia que su nulidad hacía al parecer poco dañina, pero que se volvía, sin embargo, terrible cuando estaba animada por un interés mayor. Ahora bien, hacía mucho tiempo que no se había presentado en la esfera de sus existencias un acontecimiento tan grave y tan generalmente importante para ellas como la lucha de Biroteau, apoyado por la señora de Listomere, contra el abate Troubert y la señorita Gamard. En efecto, siendo considerados los salones de los señores de Listomere, Merlín de la Blottiere y de Villenoix como enemigos de aquellos que frecuentaba la señorita Gamard, hubo en el fondo de esta cuestión espíritu de partido con todas sus vanidades. Aquello fué el combate del pueblo y del senado romano en una topera, ó una tempestad en un vaso de agua, como dijo Montesquieu hablando de la república de San Marino, cuyos cargos públicos no duraban más que un día. Esta tempestad desarrollaba, sin embargo, en las almas tantas pasiones como si se tratase de los mayores intereses sociales. ¿No es un error creer que el tiempo sólo transcurre con rapidez para los corazones que son presa de esos vastos proyectos que turban la vida y la hacen hirviente? Las horas del abate Troubert transcurrían tan animadas, huían cargadas de pensamientos tan recelosos y estaban alteradas por desesperaciones y esperanzas tan profundas como podían estarlo las horas crueles del ambicioso, del jugador y del amante. Dios únicamente conoce el secreto de la energía que nos cuestan los triunfos obtenidos sobre los hombres, sobre las cosas y sobre nosotros mismos. Si no sabemos siempre adónde vamos, no dejamos de conocer nunca las fatigas del viaje. Ahora bien, si se permitió el historiador

abandonar el drama que relata para representar por un momento el papel de crítico, y si os convidó á dirigir una mirada sobre las existencias de estas solteronas y de dos curas, á fin de buscar en ellas la causa de la desgracia que las viciaba en su esencia, fué para probaros que el hombre necesita sentir ciertas pasiones para desarrollar en él cualidades que comunican nobleza á su vida y adormecen el egoísmo peculiar á todas las criaturas.

La señora de Listomere volvió á Tours sin saber que hacía cinco ó seis días que algunos amigos suyos se habían visto obligados á negar rotundamente una opinión acerca de ella, que sin duda le hubiese hecho reír si ella la hubiera conocido, y que suponía causas casi criminales á su afecto por su sobrino. La baronesa llevó al abate Birotteau á casa de su abogado, el cual juzgó cosa difícil el pleito. Los amigos del vicario, animados por el sentimiento que hace nacer en nosotros la justicia de una buena causa, pero perezosos para un pleito que no les era personal, habían aplazado el principio del mismo para el día en que volvieran á Tours. Los amigos de la señorita Gamard pudieron, pues, tomar la delantera, y supieron contar el asunto de un modo poco favorable para el abate Birotteau. Así es que el abogado, cuya clientela se componía exclusivamente de gentes piadosas de la villa, asustó mucho á la señora de Listomere aconsejándola que no se metiese en semejante pleito, y terminó la conferencia diciéndole que, «por otra parte, él no se encargaría del pleito, porque, á juzgar por el contrato, la señorita Gamard tenía razón en derecho; que en equidad, es decir, en conciencia, Birotteau parecería á los ojos del tribunal y de las gentes honradas desprovisto del carácter de paz, de conciliación y de mansedumbre que le habían supuesto hasta entonces; que la señorita Gamard, reputada como persona honrada y de buen carácter, tenía derecho al agradecimiento de Birotteau, toda vez que le había prestado el dinero necesario para pagar los derechos sucesivos á que había dado lugar la testamentaria de Chapeloud, sin pedirle recibo; que la edad y el carácter de Birotteau

no daban pie para creer que éste firmase un contrato sin saber su contenido y sin conocer su importancia; que si había dejado á la señorita Gamard después de dos años de hospedaje, cuando su amigo Chapeloud había permanecido en aquella casa doce años y Troubert quince, sería porque tendría algún proyecto oculto; que el pleito sería juzgado como un acto de ingratitud», etc. Después de haber dejado que Birotteau saliese el primero del despacho, el abogado habló en voz baja con la señora de Listomere al mismo tiempo que la acompañaba, y la instó en nombre de su reposo á que no se mezclase en aquel asunto.

Por la noche, el pobre vicario, que se atormentaba tanto como un condenado á muerte en su calabozo de Bicetre, cuando espera el resultado de su recurso de casación, no pudo menos de comunicar á sus amigos el resultado de su visita, en el momento en que, antes de empezar á jugar, se formaba círculo en torno de la chimenea de la señora de Listomere.

—Excepto el procurador de los liberales, no conozco en Tours á ningún letrado que pueda querer encargarse de ese pleito, á no ser con intención de perderlo, y no les aconsejo á ustedes que lo entablen—exclamó el señor de Bourbonne.

—Pues bien, eso es una infamia—dijo el teniente de navío;—y yo acompañaré al cura á casa de ese procurador.

—Procure ir, por si acaso, cuando sea de noche—dijo el señor de Bourbonne interrumpiéndole.

—Y ¿por qué?

—Porque acabo de saber que, en sustitución del que murió anteayer, el abate Troubert acaba de ser nombrado vicario general.

—Bastante me importa á mí por el abate Troubert.

Desgraciadamente, el barón de Listomere, hombre de treinta y seis años, no vió la seña que le hizo el señor de Bourbonne para recomendarle que pesase sus palabras, señalándole á un consejero de subprefectura, amigo de Troubert. Así es que el teniente de navío añadió:

—Si el señor abate Troubert es un bribón...

—¡Carambal—dijo el señor de Bourbonne interrumpiéndole,—¿por qué meter al abate Troubert en un asunto que no le va ni le viene?

—¿No está gozando de los muebles del señor Birotteau? —repuso el barón.—Recuerdo haber estado en casa de Chapeloud y haber visto en ella dos cuadros de precio. Suponga usted que valen diez mil francos. ¿Cree usted que el señor Birotteau puede haber tenido intención de dar por dos años de hospedaje en casa de la Gamard la suma de diez mil francos, cuando la biblioteca y los muebles valen ya próximamente esta suma?

El abate Birotteau abrió asombrado los ojos al saber que había poseído un capital tan enorme, y el barón, prosiguiendo con calor, añadió:

—¡Pardiez! el señor Salmón, perito del museo de París, ha venido á ver aquí á su suegra, y yo iré allí esta misma noche en compañía del señor Birotteau para rogarle que tase los cuadros, y de allí le llevaré á casa del abogado.

Diez días después de esta conversación, el pleito había tomado consistencia. El procurador de los liberales, que pasó á serlo de Birotteau, perjudicaba mucho á la causa del vicario. Las gentes opuestas al gobierno y los que eran tenidos por enemigos de los sacerdotes ó de la religión, dos cosas que muchos confunden, comentaron este asunto, del que habló toda la villa. El antiguo perito del museo había estimado en once mil francos la Virgen del Valentín y el Cristo de Lebrún, dos obras de capital belleza. Respecto á la biblioteca y á los muebles góticos, el gusto dominante que crecía de día en día en París por esta clase de cosas les daba momentáneamente un valor de doce mil francos. Finalmente, el perito, hecho el examen de todo, tasó todo el mobiliario en diez mil escudos. Ahora bien, era evidente que no entendiendo Birotteau dar á la señorita Gamard esta enorme suma por el poco dinero que pudiese deberle en virtud de la cuota consignada, había lugar, judicialmente hablando, á reformar el contrato, ya que de otro modo la solterana resultaría

culpable de dolo voluntario. El procurador de los liberales empezó, pues, el pleito, presentando una demanda contra la señorita Gamard. Aunque muy acerba, aquella pieza, fortificada con citas de sentencias soberanas y corroborada por algunos artículos del código, no dejaba de ser una obra maestra de lógica judicial, y condenaba tan evidentemente á la solterona, que los liberales hicieron sacar treinta ó cuarenta copias de ella á fin de distribuir las por la villa.

Algunos días después de haber empezado las hostilidades entre la solterona y Birotteau, el barón de Listomere, que esperaba ser comprendido, en su calidad de capitán de corbeta, en la primera promoción, anunciada hacia ya algún tiempo en el ministerio de Marina, recibió una carta en la que un amigo suyo le anunciaba que se trataba de ponerle fuera del escalafón de activos. Sumamente sorprendido con esta noticia, el barón se fué inmediatamente á París, y acudió á la primera reunión que dió en su casa el ministro, el cual se mostró muy asombrado y hasta se rió de los temores que le comunicó el barón de Listomere. No obstante la palabra del ministro, al día siguiente el barón consultó en las oficinas. Y por una indiscreción que algunos jefes cometen bastante frecuentemente con sus amigos, un secretario le enseñó un trabajo preparado ya, pero que la enfermedad de un director había impedido fuese presentado al ministro, el cual trabajo confirmaba la noticia. Inmediatamente, el barón de Listomere se fué á ver á un tío suyo que, como diputado, podía ver inmediatamente al ministro, y le rogó que sondase las disposiciones de Su Excelencia, pues se trataba para él de la pérdida de su porvenir; y después esperó con la mayor ansiedad el fin de la sesión, en el coche mismo de su tío. El diputado salió antes de terminar la sesión, y mientras se trasladaba á su palacio, dijo á su sobrino:

—¿Cómo diablos te metes á hacer la guerra á los curas? El ministro empezó por decirme que te habías puesto á la cabeza de los liberales de Tours, que tienes opiniones li-

berales, que no sigues la marcha del gobierno, etc., etc. En fin, sus frases eran tan embrolladas como si siguiese hablando en la cámara. Entonces yo le dije: «Vamos á ver, entendámonos». Y Su Excelencia confesó en el acto que tú estabas mal con la gran capellanía. En una palabra, pidiendo algunos informes á mis colegas, supe que hablabas con bastante ligereza de un tal abate Troubert, sencillo vicario general, pero persona de gran importancia en la provincia, donde representa la congregación. He respondido por tí al ministro. Conque, sobrino mío, si quieres hacer carrera, no te crees ninguna enemistad sacerdotal; corre en seguida á Tours y haz las paces cuanto antes con ese diablo de vicario general. Así aprenderás á saber que los vicarios generales son hombres con los cuales es preciso estar bien siempre. ¡Pardiez! cuando trabajamos todos para establecer la religión, es estúpido que un teniente de navío que quiere ser capitán desacredite á los curas. Si no te reconcilias con ese abate Troubert, no cuentas más conmigo, renegaré de tí. El ministro de negocios eclesiásticos me habló hace un momento de ese hombre, que está llamado á ser obispo. Si Troubert tomase odio á nuestra familia, podría impedir que yo fuese comprendido en la próxima hornada de pares, ¿comprendes?

Estas palabras explicaron al teniente de navío las secretas ocupaciones de Troubert, de quien Birotteau decía estúpidamente que no sabía en qué pasaba las noches.

La situación del canónigo y su prestigio en medio de aquel senado femenino, que también servía de policía en la provincia, y su capacidad personal, habían contribuido á que fuese escogido por la congregación, entre todos los eclesiásticos de la villa, para ser el procónsul desconocido de Turena. Arzobispo, general, prefecto, grandes y pequeños estaban bajo su oculto dominio. El barón de Listomere no tardó en tomar una decisión, y dijo á su tío:

—No quiero recibir una segunda andanada eclesiástica en mis *obras vivas*.

Tres días después de esta conferencia diplomática entre

el tío y el sobrino, el marino, que se trasladó inmediatamente á Tours, revelaba á su tía, la noche misma de su llegada, los peligros que corrían las caras esperanzas de la familia Listomere, si ellos se obstinaban en sostener á aquel *imbécil Birotteau*. El barón retuvo al señor de Bourbonne en el momento en que este noble anciano tomaba su bastón y su sombrero para marcharse. Las luces de aquel viejo zorro eran indispensables para iluminar los escollos en que se habían metido los Listomere, y el propietario había ido á buscar prematuramente el bastón y el sombrero para hacerse decir al oído:

—Espere usted, que tenemos que hablar.

La pronta vuelta del barón y su aire contento, en desacuerdo con la gravedad que afectaba en ciertos momentos su rostro, habían acusado vagamente al señor de Bourbonne algún jaque recibido por el teniente en su cruzada contra la Gamard y Troubert, y no le causó ninguna sorpresa el oír al barón proclamar el secreto poder del vicario general congregacionista.

—Ya lo sabía—dijo el anciano.

—Y ¿por qué no nos lo ha dicho usted?—exclamó la baronesa.

—Señora—se apresuró él á responder,—olvide usted que yo adiviné la invisible influencia de ese sacerdote, y yo olvidaré también que usted la sabe. Si no guardáramos el secreto, pasaríamos por cómplices suyos, y seríamos temidos y odiados. Imíteme á mí: finja que está usted engañada, pero sepa siempre el terreno que pisa. Yo les había dicho á ustedes bastante, ustedes no me comprendían, y no quise comprometerme.

—Y ¿cómo nos las compondremos nosotros ahora?—preguntó el barón.

El hecho de abandonar á Birotteau no se discutió siquiera, y fué una primera condición sobreentendida por los tres consejeros.

—Batirse en retirada con los honores de la guerra fué siempre conducta propia de hábiles generales—respondió el señor de Bourbonne.—Subyúguese usted á Troubert, si